

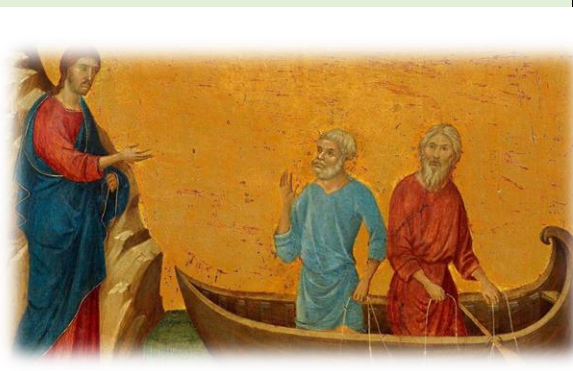


Lectura del santo Evangelio según san Mateo (4,12-23)

Al enterarse Jesús de que habían arrestado a Juan se retira a Galilea. Dejando Nazaret se estableció en Cafarnaún, junto al mar, en el territorio de Zabulón y Neftalí, para que se cumpliera lo dicho por medio del profeta Isaías: «Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles. El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande; a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló».

Desde entonces comenzó Jesús a predicar diciendo: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos». Paseando junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, a Simón, llamado Pedro, y a Andrés, que estaban echando la red en el mar, pues eran pescadores.

Les dijo: «Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres». Inmediatamente dejaron las redes y lo siguieron. Y pasando adelante vio a otros dos hermanos, a Santiago, hijo de Zebedeo, y a Juan, su hermano, que estaban en la barca repasando las redes con Zebedeo, su padre, y los llamó. Inmediatamente dejaron la barca y a su padre y lo siguieron. Jesús recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas, proclamando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo».



EXPLICACIÓN DE ESTE EVANGELIO (Benedicto XVI)

En la liturgia de hoy el evangelista san Mateo, que nos acompañará durante todo este año litúrgico, presenta el inicio de la misión pública de Cristo. Consiste esencialmente en el anuncio del reino de Dios y en la curación de los enfermos, para demostrar que este reino ya está cerca, más aún, ya ha venido a nosotros. Jesús comienza a predicar en Galilea, la región en la que creció, un territorio de «periferia» con respecto al centro de la nación judía, que es Judea, y en ella, Jerusalén. Pero el profeta Isaías había anunciado que esa tierra, asignada a las tribus de Zabulón y Neftalí, conocería un futuro glorioso: el pueblo que caminaba en tinieblas vería una gran luz (cf. *Is 8, 23-9, 1*), la luz de Cristo y de su Evangelio (cf. *Mt 4, 12-16*).

El término «evangelio», en tiempos de Jesús, lo usaban los emperadores romanos para sus proclamas. Independientemente de su contenido, se definían «buenas nuevas», es decir, anuncios de salvación, porque el emperador era considerado el señor del mundo, y sus edictos, buenos presagios. Por eso, aplicar esta palabra a la predicación de Jesús asumió un sentido fuertemente crítico, como para decir: Dios, no el emperador, es el Señor del mundo, y el verdadero Evangelio es el de Jesucristo.

La «buena nueva» que Jesús proclama se resume en estas palabras: «*El reino de Dios —o reino de los cielos— está cerca*» (*Mt 4, 17; Mc 1, 15*). ¿Qué significa esta expresión? Ciertamente, no indica un reino terreno, delimitado en el espacio y en el tiempo; anuncia que Dios es quien reina, que Dios es el Señor, y que su señorío está presente, es actual, se está realizando.

Por tanto, la novedad del mensaje de Cristo es que en él Dios se ha hecho cercano, que ya reina en medio de nosotros, como lo demuestran los milagros y las curaciones que realiza.

Dios reina en el mundo mediante su Hijo hecho hombre y con la fuerza del Espíritu Santo, al que se le llama «dedo de Dios» (cf. Lc 11, 20). El Espíritu creador infunde vida donde llega Jesús, y los hombres quedan curados de las enfermedades del cuerpo y del espíritu. El señorío de Dios se manifiesta entonces en la curación integral del hombre. De este modo Jesús quiere revelar el rostro del verdadero Dios, el Dios cercano, lleno de misericordia hacia todo ser humano; el Dios que nos da la vida en abundancia, su misma vida. En consecuencia, el reino de Dios es la vida que triunfa sobre la muerte, la luz de la verdad que disipa las tinieblas de la ignorancia y de la mentira.

Pidamos a María santísima que obtenga siempre para la Iglesia la misma pasión por el reino de Dios que animó la misión de Jesucristo: pasión por Dios, por su señorío de amor y de vida; pasión por el hombre, encontrándolo de verdad con el deseo de darle el tesoro más valioso: el amor de Dios, su Creador y Padre.

PUNTOS PARA LA MEDITACIÓN PERSONAL

1. El Reino de Dios llega con Jesús

El Reino de Dios lo inaugura Jesús viniendo a nosotros. Con Él podemos vencer el mal (el reino del pecado) de manera que el amor de Dios, y todo lo que el amor conlleva (paz, compasión, delicadeza, alegría, humildad, felicidad...) triunfe en nosotros y en nuestras vidas. En realidad el Reino de Dios es Cristo mismo viviendo en nosotros y con nosotros. Por eso en una ocasión, el mismo Cristo nos dijo: *“el Reino de los cielos dentro de vosotros está”*. Esta maravilla de tener a Dios EN nosotros es la mayor fuente de consuelo para nuestras almas y la fuerza que necesitamos para vencer el mal en nosotros y fuera de nosotros. Pidamos al Señor vivir con mucho agradecimiento y con gran determinación esta presencia suya en nuestras almas.

Así nos dice el Papa Francisco: *«El reino de Dios —o reino de los cielos— está cerca» (Mt 4, 17; Mc 1, 15). ¿Qué significa esta expresión? Ciertamente, no indica un reino terreno, delimitado en el espacio y en el tiempo; anuncia que Dios es quien reina, que Dios es el Señor, y que su señorío está presente, es actual, se está realizando.*

Por tanto, la novedad del mensaje de Cristo es que en él Dios se ha hecho cercano, que ya reina en medio de nosotros, como lo demuestran los milagros y las curaciones que realiza. Dios reina en el mundo mediante su Hijo hecho hombre y con la fuerza del Espíritu Santo, al que se le llama «dedo de Dios» (cf. Lc 11, 20). El Espíritu creador infunde vida donde llega Jesús, y los hombres quedan curados de las enfermedades del cuerpo y del espíritu. El señorío de Dios se manifiesta entonces en la curación integral del hombre. De este modo Jesús quiere revelar el rostro del verdadero Dios, el Dios cercano, lleno de misericordia hacia todo ser humano; el Dios que nos da la vida en abundancia, su misma vida. En consecuencia, el reino de Dios es la vida que triunfa sobre la muerte, la luz de la verdad que disipa las tinieblas de la ignorancia y de la mentira (27.1.08).

Y en el **Catecismo de la Iglesia** podemos leer (543-546):

“Todos los hombres están llamados a entrar en el Reino. Anunciado en primer lugar a los hijos de Israel (cf. Mt 10, 5-7), este reino mesiánico está destinado a acoger a los hombres de todas las naciones (cf. Mt 8, 11; 28, 19). Para entrar en él, es necesario acoger la palabra de Jesús: «La palabra de Dios se compara a una semilla sembrada en el campo: los que escuchan con fe y se unen al pequeño rebaño de Cristo han acogido el Reino; después la semilla, por sí misma, germina y crece hasta el tiempo de la siega».

El Reino pertenece *a los pobres y a los pequeños*, es decir, a los que lo acogen con un corazón humilde. Jesús fue enviado para “anunciar la Buena Nueva a los pobres”. Los declara bienaventurados porque de “ellos es el Reino de los cielos” (Mt 5, 3); a los “pequeños” es a quienes el Padre se ha dignado revelar las cosas que ha ocultado a los sabios y prudentes (cf. Mt 11, 25).

Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres; conoce el hambre, la sed y la privación. Aún más: se identifica con los pobres de todas clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su Reino (cf. *Mt 25, 31-46*).

Jesús invita a los *pecadores* al banquete del Reino: "No he venido a llamar a justos sino a pecadores". Les invita a la conversión, sin la cual no se puede entrar en el Reino, pero les muestra de palabra y con hechos la misericordia sin límites de su Padre hacia ellos y la inmensa "alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta" (*Lc 15, 7*). La prueba suprema de este amor será el sacrificio de su propia vida "para remisión de los pecados" (*Mt 26, 28*).

Jesús llama a entrar en el Reino a través de las *parábolas*, rasgo típico de su enseñanza (cf. *Mc 4, 33-34*). Por medio de ellas invita al banquete del Reino (cf. *Mt 22, 1-14*), pero exige también una elección radical para alcanzar el Reino, es necesario darlo todo (cf. *Mt 13, 44-45*); las palabras no bastan, hacen falta obras (cf. *Mt 21, 28-32*). Las parábolas son como un espejo para el hombre: ¿acoge la palabra como un suelo duro o como una buena tierra (cf. *Mt 13, 3-9*)? ¿Qué hace con los talentos recibidos (cf. *Mt 25, 14-30*)? Jesús y la presencia del Reino en este mundo están secretamente en el corazón de las parábolas. Es preciso entrar en el Reino, es decir, hacerse discípulo de Cristo para "conocer los Misterios del Reino de los cielos" (*Mt 13, 11*). Para los que están "fuera" (*Mc 4, 11*), la enseñanza de las parábolas es algo enigmático.

2. Jesús nos pide la Conversión

Cuando Jesús empieza su vida pública, la primera palabra que dice en su predicación es: "¡convertíos!". Él viene como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y quiere que nos volvamos a Él y nos dejemos perdonar, curar, purificar y salvar... Ese volvernos a Él es la conversión... Y la conversión es la primera palabra del evangelio, la palabra permanente e irremplazable.

Tenemos gran necesidad de convertirnos: *"Es necesario dirigirse continuamente a Cristo y estar convirtiéndose a Él incesantemente. La vida cristiana no está completa sin esta conversión constante, y la conversión no es plenamente auténtica sin el sacramento de la Penitencia. El encuentro en este sacramento es un derecho que pertenece a Cristo y a cada uno de vosotros. Por eso el Papa habla muy en serio cuando os dice ahora: No privéis a Cristo de su derecho en este sacramento y no renunciéis nunca a este derecho vuestro"* (S. Juan Pablo II)

"Todavía está vigente y lo estará por siempre en la Iglesia la enseñanza del Concilio de Tridentino acerca de la necesidad de la Confesión íntegra de los pecados mortales; está vigente y lo estará siempre en la Iglesia la norma inculcada por San Pablo y por el mismo Concilio de Trento, en virtud de la cual, para la recepción digna de la Eucaristía debe preceder la confesión de los pecados, cuando uno es consciente de pecado mortal" (S. Juan Pablo II)

Pidamos al Señor, para nosotros y para toda la Iglesia, el don de una verdadera conversión del corazón, que sepa acoger a Cristo como la única Luz a seguir, la única que disuelve realmente las tinieblas, en nosotros y en torno a nosotros.

3. Jesús llama a sus apóstoles para que continúen su misión

Jesús quiere contar con nosotros para continuar su misión. Por eso desde el primer momento elige a algunos para que le sigan, aprendan de Él, y puedan continuar su tarea salvadora a lo largo de los siglos. A todos nos llama a la Santidad, que es la vocación de todo bautizado. Pero a algunos les llama a un seguimiento más estrecho, más desinteresado, que requiere la entrega de todo su vida, poniéndola toda entera a disposición de la extensión del Reino de Dios. Eso es lo que Jesús inicia en el evangelio de hoy, llamando a los primeros apóstoles para que lo dejen todo y se vayan con Él.

Nos dice S.S. el Papa Francisco: *"El Señor llama también hoy. El Señor pasa por los caminos de nuestra vida cotidiana. Incluso hoy, en este momento, aquí, el Señor pasa por la plaza. Nos llama a ir con Él, a trabajar con Él por el reino de Dios, en las «Galileas» de nuestros tiempos. Cada uno de vosotros piense: el Señor pasa hoy, el Señor me mira, me está mirando. ¿Qué me dice el Señor? Y si alguno de vosotros percibe que el Señor le dice «sígueme» sea valiente, vaya con el Señor. El Señor jamás decepciona. Escuchad en vuestro corazón si el Señor os llama a seguirle. Dejémosos alcanzar por su mirada, por su voz, y sigámosle. «Para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz»" (26.1.14).*

"Cada uno está llamado a convertirse, transformando su propio modo de pensar y de vivir. Esto es importante: convertirse no solo es cambiar la manera de vivir, sino también el modo de pensar. Es una transformación del pensamiento. No se trata de cambiar la ropa, ¡sino las costumbres! Lo que diferencia a Jesús de Juan Bautista es el estilo y el método. Jesús elige ser un profeta itinerante. No se queda esperando a la gente, sino que se dirige a su encuentro. ¡Jesús está siempre en la calle! Sus primeras salidas misioneras tienen lugar alrededor del lago de Galilea, en contacto con la muchedumbre, en particular con los pescadores. Allí Jesús no sólo proclama la llegada del Reino de Dios, sino que busca compañeros que se asocien a su misión de salvación. En este mismo lugar encuentra dos parejas de hermanos: Simón y Andrés, Santiago y Juan; les llama diciendo: «Venid conmigo y los haré pescadores de hombres» (v. 19). La llamada les llega en plena actividad de cada día: el Señor se nos revela no de manera extraordinaria o asombrosa, sino en la cotidianidad de nuestra vida. Ahí debemos encontrar al Señor; y ahí Él se revela, hace sentir su amor a nuestro corazón; y ahí —con este diálogo con Él en la cotidianidad de nuestra vida— cambia nuestro corazón. La respuesta de los cuatro pescadores es rápida e inmediata: «al instante, dejando las redes, le siguieron» (v. 20). Sabemos efectivamente que habían sido discípulos del Bautista y que, gracias a su testimonio, ya habían empezado a creer en Jesús como el Mesías (cf. Juan 1, 35-42)" (22.1.17).

Otra reflexión sobre esta elección de los apóstoles: **Jesús nos llama a todos**

"El evangelio nos presenta un Jesús itinerante, siempre en movimiento. Y a su paso, Jesús pone también en movimiento a otras personas. No deja nada ni a nadie en su sitio. "Pasar" es el verbo típico de la encarnación. Es Dios que no está en su sitio, en el cielo. Sino que desciende al nivel del hombre para encontrarlo en su terreno y en sus trabajos. Y frente a este paso de Dios el hombre no puede estar parado, como un simple espectador. Tiene que tomar una decisión, tiene que hacer una elección. Jesús no pasa nunca junto al hombre de una manera neutral. Porque después de este paso la vida de ese hombre ya no puede ser la misma de antes. La llamada de los discípulos no sucede en un marco sagrado, como puede ser el del Templo, sino en un escenario profano: el lago de Galilea".

La vocación de los primeros discípulos se puede resumir en dos verbos: "vio y dijo". Una mirada y una palabra. Son las únicas armas de que dispone este maravilloso Maestro que, a diferencia de los demás maestros de Israel, elige él a sus discípulos. Para dirigirse a uno hay que verlo. Se trata de una mirada que enfoca a un individuo, una mirada que elige, escoge, arranca de la gente. "Esa es la persona que me interesa, que me conviene". No es una mirada lejana, fría. Es una mirada calurosa, llena de afecto. Una voz que suena como ninguna, de timbre único, inconfundible. El discípulo escucha esa voz única y se callan todas las demás.

La vocación cristiana es una mirada y una llamada de Jesús. ¿Qué es lo que hace el discípulo? Simplemente, dar una respuesta: -dejarse encontrar; -dejarse hacer.

La iniciativa y la acción principal es siempre de Cristo. El hombre sólo puede ponerse en camino, después que Dios ha comenzado a caminar por los caminos de los hombres. No somos nosotros los que salimos a la búsqueda de Dios. Es Dios quien se pone a buscar al hombre. La vocación cristiana no es una conquista. Sino un ser conquistado. La respuesta a la iniciativa de Jesús se expresa también con un verbo: "dejar". Se trata de dejarle espacio. Vacío en torno y dentro de la persona (Pronzato)